

HE ESTADO EN RUSIA

(Continúa)

Asistencia social que no lo es

He apuntado ya que un mutilado de guerra gana 80 rublos al mes. Para saber el valor de los subsidios familiares, bastará decir que a una madre no le corresponden subsidios mensuales sino después del nacimiento del cuarto hijo, y que este subsidio es de 40 rublos al mes (lo equivalente a 15 litros de leche). Y no hay que hacerse ilusiones, ni siquiera sobre el carácter gratuito de la asistencia médica. He dicho ya que la consulta es gratuita, pero un enfermo no hospitalizado debe pagar las medicinas, y pagarlas caras. El enfermo admitido a un hospital, es curado gratis; pero el hospital, pobre como es, llega a duras penas a alimentarlo. Aun en los casos en que no se trate de un régimen de sobrealimentación, es necesario que la comida se la lleven regularmente desde fuera.

Para los ciudadanos que tengan familia, el asunto es bastante sencillo. Pero pongamos el caso de un "kolkoziano" hospitalizado en la ciudad. Le hace falta que sus padres hagan diariamente un viaje costoso, o que encarguen a alguien que vaya a la ciudad que lleve (mediante propina) los alimentos al hospital. Son evidentes las complicaciones y gastos que de aquí se derivan. La más perjudicada es la salud pública, porque las gentes tratan de ocultar los casos de enfermedades contagiosas que llevan consigo una hospitalización obligatoria.

El stajanovismo

Pero preguntaré sin duda: si bien éstas son las condiciones de la mayoría, ¿no quedan, sin embargo, en la Unión Soviética categorías de asalariados que ganan ampliamente, stajanovistas, altos funcionarios, grandes especialistas, etc.? Sí, teóricamente; pero también en esta materia hay que hacer reservas. Ante todo, la prosperidad de un stajanovista es efímera; además, la "inteligencia" soviética vive generalmente una vida superior a sus propios medios. Entendámonos ante todo en punto al stajanovismo. Sólo hay tres maneras de superar en forma evidente una norma: 1) inventando un nuevo procedimiento que consienta un rendimiento excepcional; 2) llevando a cabo un esfuerzo físico extraordinario; 3) viéndose colocado en condiciones especiales de trabajo que

permitan al designado superar un récord. En el primer caso, el "inventor" es recompensado generosamente y pasa a la categoría de los jefes. Pero en el momento en que el procedimiento ha sido oficialmente adoptado, la norma es elevada. Lo que había sido considerado como un récord, y por consiguiente recompensado, cesa de obtener una ganancia suplementaria al sucesor del "inventor". En el segundo caso, el stajanovista termina agotándose, o bien la norma es elevada igualmente. En todo caso, después de cierto tiempo, pierde la calificación de stajanovista. En fin, en el tercer caso, una vez conseguido el primer puesto por medios artificiales, se vuelve a los procedimientos normales. El stajanovista entonces, si no ha sido nombrado "jefe" (ascenso rarísimo), vuelve a las filas comunes.

La "burguesía" soviética

En cuanto a los "jefes" de grado elevado (pero no pertenecientes a la más alta aristocracia del régimen) y cuyos salarios van de 5.000 a los 10.000 rublos, sus necesidades aumentan en proporción del grado social. No hay que olvidar que ha desaparecido el viejo ascetismo revolucionario. La nueva "burguesía" soviética está al nivel de la burguesía extranjera. Hasta en las ciudades de provincia se ha organizado una vida mundana: se dan recepciones, se viste el "smoking" y el traje de noche, se besa la mano a las señoras. Naturalmente, en estos ambientes las mujeres no trabajan y prefieren descargar sobre los criados el cuidado de la casa. Y, con la misma naturalidad, los hijos reciben una educación exquisita, aprenden lenguas extranjeras, reciben lecciones de piano. Todo esto significa gastos enormes, porque todo artículo de lujo es espantosamente caro en la URSS. Pensad en lo que cuesta un "smoking" si un simple vestido de confección vale 2.000 rublos. Y pensad cuánto vendrá a costar un piano si se pagan unos 700 rublos por un horrible gramófono. Un salario que supere en diez o quince veces el de un obrero, no sería suficiente para tal tenor de vida. Así, necesariamente, lo mismo el rico que el pobre recurren a medios ilegales.

Naturalmente, no se trata en este nivel social de distraer alguna pieza de la oficina o meterse en el bolsillo un tubo de

aspirina. Pero aquí se tratará de obtener la prioridad en tal o cual fábrica, endosar a ciertas cooperativas mercancías averiadas o simplemente falsificar los balances. El riesgo es grande, evidentemente, pero no tanto cuanto podría creerse, porque también los encargados del control tienen que vivir. Siendo culpables todos, poco o mucho, cada cual prefiere cerrar los ojos y ahogar el escándalo cuando estalla.

La crisis de habitación daña la moral

La corrupción universal que he descrito es una consecuencia de las condiciones materiales creadas por el régimen, que, por mucho que las repruebe, es el responsable de ellas. Por las mismas razones, es con frecuencia responsable de las infracciones de la moralidad que, por otro lado, predica.

Causa principal de este mal es la crisis permanente de la habitación. Pongamos el caso de una joven sin familia que viene a trabajar a la ciudad. Con un salario medio de 500 rublos, no es cosa de alquilar un cuarto todo para ella. La joven buscará, naturalmente, dividir una habitación con alguna otra mujer que se encuentre en sus mismas condiciones; pero eso no siempre es posible. Y entonces compartirá la estancia con un soltero, lo cual en las condiciones soviéticas es cosa corriente y no comporta necesariamente consecuencias. Sin embargo, con mucha frecuencia la cohabitación llega a tener un carácter conyugal, y a veces se llega al matrimonio regular. Pero ocurre a veces que, siendo el hombre trasladado a otra ciudad, el puesto libre es ocupado por un nuevo inquilino, y la historia recomienza, y mientras la joven no haya encontrado un verdadero marido, corre el riesgo de prolongar esta situación irregular, que ella no desaba.

El divorcio y la unión libre

Observamos que, si bien las recientes leyes han hecho el divorcio difícil y tan costoso que es accesible sólo a los ricos, la unión libre continúa siendo prácticamente tolerada.

He aquí otro ejemplo de estas uniones, impuestas en cierto modo por las condiciones materiales. He conocido un ingeniero casado y padre de familia. Vivía en un cierto desahogo, disponía de un compartimiento y de algunos muebles. Pero he aquí que de repente, como con frecuencia ocurre, recibe un nuevo puesto en el otro extremo de la Unión Soviética. Parte solo, porque los gastos del traslado familiar superan evidentemente

sus medios. Durante cierto tiempo envía a la mujer una parte del salario; después, los envíos cesan: el ingeniero, incapaz de soportar la soledad ha fundado un hogar nuevo. ¿Qué puede hacer la esposa abandonada, obligada a alimentar a sus hijos y a pagar un alquiler relativamente alto? ¿Se dirigirá a los tribunales? ¿Afrontará un procedimiento largo, arduo y costoso? En mi caso prefirió buscarse y encontrarse un cónyuge ilegítimo.

No hay que creer, sin embargo, que estas costumbres sean aceptadas de buen grado por el pueblo. El pueblo ruso, en su generalidad, demuestra una gran salud moral. Cuando en 1942 los alemanes hicieron sufrir la visita del médico a millares de jóvenes de las ciudades portuarias de Rostov y Novorosisk, comprobaron que el 85 por ciento de ellas eran vírgenes. Los médicos no acertaban a comprenderlo. Hay que explicar esta pureza de costumbres, ante todo como reacción natural contra la licencia de los primeros años de la revolución. Es que de aquella época se conservan recuerdos demasiado horribles.

La política familiar inaugurada por la dictadura hace unos quince años no ha quedado sin efecto, a pesar de que todo lo que provenga del régimen es acogido con desconfianza por el pueblo. Me han citado casos de mujeres que no habían pensado nunca en el aborto hasta la promulgación de la ley que lo prohibía, pero que recurren a él "como protesta" ("¡Hasta en eso van a fastidiarnos!"). Pero generalmente los abortos clandestinos son raros y cuestan demasiado. El control de nacimiento no es practicado entre las masas, pero tiende a generalizarse en la "burguesía". La prostitución apenas existe; pero es normal que una empleada se vea obligada a condescender con su propio jefe.

La vida religiosa

Como sacerdote, me he interesado de modo particular por la vida religiosa de los rusos. Es exacto que una parte muy importante de la población ha conservado la vieja fe. Después de la reapertura de las iglesias, se podía ver en misa a numerosos soldados y oficiales en uniforme. Después del recrudecimiento de 1946, no se ven ya en las iglesias ni militares ni funcionarios, pero la asistencia continúa siendo numerosa. Y, sin duda, sería más numerosa si el temor de ser mal vistos no retuviera a algunos cristianos más temerosos. Por otra parte, una porción de los fieles desaprueba la conducta del clero, demasiado obse-

quioso a sus ojos con respecto al régimen, y por esta razón evita entrar en la iglesia.

Son frecuentes los matrimonios religiosos; pero al hacer esta observación es preciso tener en cuenta la atracción que conserva la ceremonia, sobre todo a los ojos de las mujeres. Muchos niños son bautizados. Más raras parecen las sepulturas religiosas. Me llamó la atención el triste estado de los cementerios, tan cuidados en otro tiempo. Parece que el pueblo, demasiado pobre y demasiado ocupado, olvida a sus muertos.

Si bien hay algunos que practican entre los jóvenes, la mayoría de la juventud no es creyente. Sin embargo, tampoco nutre ninguna hostilidad contra la religión. Simplemente se ha separado de la Iglesia tradicional y se mantiene alejada de ella.

Ayuda recíproca y hospitalidad

Hay que notar también que de sus antiguas virtudes el pueblo ruso ha mantenido en medida notable el espíritu de ayuda recíproca y de la hospitalidad. La acción del régimen, que favorece las delaciones, no ha conseguido destruir una solidaridad de la que citaré en seguida los aspectos políticos. Por el momento me limitaré a mencionar la conducta humana del eslavo en relación con quien sea más desgraciado que él. La misma persona que no piensa sino en "especular" y en vender sus servicios, es capaz de ayudas perfectamente desinteresadas. Un hombre que viaje sin dinero a través de los infinitos espacios rusos, puede estar seguro de que no morirá de hambre. Sus compañeros de viaje compartirán con él el tabaco. El extranjero, y aun el antiguo enemigo, es tratado como un compatriota. Los prisioneros de guerra alemanes saben mucho de esto. El "odio sagrado" predicado por los comunistas no encuentra entre la población ningún eco. El huésped, aunque se presente sin ser esperado, es siempre bien recibido, aunque la miseria haga difíciles los banquetes, a los que tan aficionados son los rusos. Hacen lo imposible por salir del apuro, y he conservado un recuerdo excelente de los pequeños convites, en que el vodka, imposible de alcanzar, era sustituido con alcohol mal destilado y los platos culinarios con patatas y calabazas.

Libertad vigilada

Hay que elevar a unos quince millones el número de los deportados y detenidos en la URSS. Pero para todo el pueblo, en teoría libre, la libertad no existe tampoco. El país puede ser comparado con una prisión internamente abierta, en la que se circula sin cepos, pero en la que todos son vigilados y espionados. Los mismos vigilantes no se sienten libres. Si un funcionario del partido está encargado de vigilar a los comunistas inscritos y a los sin partido, él a su vez está vigilado por la M. V. D. Un oficial de la M. V. D., que parece omnipotente, vive atemorizado. No sólo es vigilado por sus superiores jerárquicos, sino que está a merced de cualquier denuncia, porque si bien conoce a sus agentes secretos, no conoce a los agentes secretos que estén en relaciones con los grados superiores o con los servicios especiales ultrasecretos. En un país en que dos comisarios del Interior y numerosos jefes de la Policía han sido pasados por las armas, nadie está ya seguro de su suerte.

(Continuará).

